

Ego te Absolvo

Isabel Valverde

Vision Libros

Isabel Valverde Vírseda

Ego te absolvo

Vision Libros

EGO TE ABSOLVO
© Isabel Valverde Vírseda
© Editorial Vision Libros
Avenida de Asturias, s/n, Impares, local 5.
Semiesquina a Plaza Castilla, 3.
28029 Madrid (España)
Tel.: 0034 91 311 76 96
url: www.visionlibros.com

ISBN: 978-84-9886-233-1

Producido por Grupo Corporativo Visionnet.
Cuatro Amigos, 5 Posterior. 28029 Madrid (España)

Diseño de portada: Daniel Pinillos Valverde.

Maquetación: P. Soler. psolerliz@visionnet.es

Impreso en España

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

A los que creen recordar
mientras inventan

Agradecimientos

Agradezco la valiosa colaboración de mis amigos: Silvestre Romero, Luis Martín Asensio y José María Alarcón.

Vaya mi reconocimiento para mi hijo Daniel que realizó el diseño para la cubierta de este libro.

Así mismo, quiero manifestar mi gratitud por el apoyo que ha supuesto para mí el interés que han manifestado por mi trabajo, de una u otra forma, tantos otros y otras, a los que no citaré por no dejar a nadie en el tintero.

Por último, una mención especial, *in memoriam*, a Tomás, mi padre, que me enseñó a amar Salamanca, su ciudad natal.

1

—Padre confieso que he matado a un hombre.

—.....

Él escucha y de inmediato le puede un desconcierto que le enmudece. No está preparado para ese tipo de confesión, no lo está todavía. Se sobrepone y de todas las preguntas que se le agolpan, logra llevar una a los labios.

—¿Cuándo?

—Ahora, aún llevo sangre en las manos.

—¿Quién era ese hombre?

—Era mi padre.

—¿Qué has hecho? Debes entregarte.

—Eso no importa, nada puede ser peor que el infierno en el que he vivido. He venido para confesar el pecado y descargar mi conciencia.

—No se puede matar y creer que todo se arregla con la confesión, pero habla, te escucho.

—No era la primera vez que lo hacía. Hasta donde alcanza mi memoria, siendo yo muy niña, él abusaba de mí. Yo entonces no lo sabía, cómo iba a saberlo, pensaba que eran juegos, que tal vez, los padres jugaban a eso. No lo supe de pronto, no llegó un día en el que comprendí, fue poco a poco, se me fueron acumulando todas las veces en una y me llené de odio, de vergüenza, de resentimiento. Para entonces, ya era una niña diferente, triste introvertida; no jugaba con otros niños, no contaba nada. Sentía como un muro de hielo que iba creciendo cada día y me aislaba de todo. También empecé a odiarla a ella, mi madre; no supo ver la súplica en mi mirada. El asco y la rabia fueron mis compañeros. Un día, me juré a mí misma que le mataría.

He estado acumulando valor mucho tiempo, demasiado, hoy lo he hecho.

Ella no puede ver su cara, a través de la celosía del confesionario le llega una imagen partida en pedazos que no recomponen el

rostro. Un semblante transformado por el desconcierto que le imposibilita responder, emplazándose para pensar las palabras adecuadas. No, aún no está preparado. Es su primer día como confesor y se le hace demasiado grande el pecado; ¿quién es él para perdonarlo? De pronto le invade una ola de comprensión y amor infinito por esa mujer agraviada y entiende que Dios le ha enviado para perdonar en su nombre. Sí, puede hacerlo, sólo falta un acto de contrición.

—¿Estás arrepentida? —pregunta.

—No, no lo creo, mis circunstancias no dan para esa clase de sentimiento.

—No puedo absolverte si no estás arrepentida. Es eso lo que has venido a buscar ¿no?

—No lo sé, tal vez sí, ahora ya no me importa.

—Entonces, sólo puedo compadecerte.

Su voz teñida de misericordia hace que ella comparta la compasión también hacia él.

Se levanta para irse, apenas ha dado unos pasos e instintivamente se vuelve, él la está mirando. La había imaginado más mujer, es casi una niña.

¿Cómo dejarla ir?, ha acudido a él con una pesada carga. ¿Cómo ayudarla?, ¿qué hacer?, ¿dónde está la línea que separa la confidencia sagrada del transcurrir de la vida?

Ella se ha vuelto para mirarle, ¿acaso espera alguna clase de ayuda? Él no se mueve, permanece en su sitio. Ella sale y él comprende entonces que la línea está en la puerta del templo, pero sabe que no debe pasarla.

2

El siete de febrero de 1975, hace tan solo unos días, Daniel se ordenaba sacerdote. Estrena oficio en la parroquia de La Purísima, visita turística obligada por ser la iglesia que más se ajusta a las normas italianas del siglo XVII en la ciudad de Salamanca.

Si bien, a punto de hacer sus votos, se había sentido algo confuso y temeroso por el paso que iba a dar. Fueron sólo unos días los que estuvo indeciso y volvió a recobrar la seguridad que había mantenido después de verse sorprendido por una vocación no previsible. Nada en él, ni en su entorno hacía suponer que fuese a tomar la decisión de hacerse sacerdote.

Había vivido sus primeros veinte años en el seno de una familia acomodada, para más señas, oriunda de León. Creció junto a su hermana en un ambiente de costumbres relajadas que proporcionaban unos padres con buen nivel intelectual y pensamiento progresista; decididamente avanzados para los años de la dictadura franquista que ahora parece tocar a su fin.

Daniel, libre de preocupaciones, sacó adelante unos estudios brillantes que, por otro lado, no se vieron afectados por el éxito que disfrutaba con las chicas.

Había comenzado la carrera de Periodismo, cuando, después de unas convivencias, a las que acudió fortuitamente y que más tarde supo que organizaba La Obra de Monseñor Escribá de Balaguer, en el verano del sesenta y nueve, donde debió de conectar con un joven, que por alguna razón desconocida, removió su conciencia y dio al traste con sus proyectos, inculcándole ideas religiosas que fructificaron en una decisión firme de dedicar su vida a los demás, ingresando, poco tiempo después, para sorpresa de su familia y amigos, en el seminario de Zamora.

3

Daniel que empieza a acostumbrarse a que le llamen padre sin serlo, ha oficiado la misa de ocho. Había preparado una homilía corta, pero directa, sobre la pobreza, con la intención de remover las conciencias y conmover los corazones. Primero llegar al fondo, más tarde actuar. Ha dado rienda suelta a sus impulsos, tiene la ilusión de cambiar las formas arcaicas de transmitir la Palabra.

Sale a la calle, ya está el sol alto y un aire deliciosamente suave, bautizado en el Tormes, contribuye a disipar una tenue impresión, que sin llegar a afligirle, de alguna manera le incomoda y pone nubes en el horizonte. Se pregunta si habrá molestado a alguien, quizás ha debido tener en cuenta la clase de auditorio que forman los escasos fieles que acuden a misa de ocho, compuesto, casi exclusivamente, por unas pocas beatas que permanecen aún en la iglesia, cubiertas por un velo negro y pasando las cuentas de un rosario al ritmo de unos susurros repetitivos que pretenden ser una oración.

Probablemente el nuevo cura será criticado entre ellas, a la salida, cuando compartan la añoranza por las arengas del difunto D. Anselmo, cuyo puesto ocupa ahora él.

Daniel, que nació en León, se siente feliz en Salamanca, a pesar de la parca acogida de que ha sido objeto, y considera un privilegio poder vivir en esta ciudad.

Ahora se dispone a dar un gratificante paseo. Enfila la calle Prior con dirección a la plaza Mayor. Desde que llegó, no ha dejado ningún día de acudir a esa plaza, le atrae poderosamente su magia, sabe que es la más bella plaza porticada de todas las españolas, construida en norma barroca y le retrotrae, sin remedio, al siglo XVIII. Hoy se demora en ella más de lo acostumbrado. Aún tiene ese regusto amargo que le dejaron sus propias palabras, ahora piensa que, de seguro, mal interpretadas. Su café de la mañana puede esperar.

Compra *el Adelanto*, su nuevo diario. Busca entre las páginas locales, se detiene ante los sucesos esperando encontrar la reseña de un crimen parricida. No hay nada, ¿qué será de ella?, la pobre muchacha indefensa con el valor de una fiera. No puede quitársela de la cabeza. Se fue sin el perdón que había ido a buscar y eso hará que esté más sola todavía; a pesar de ello, tal vez, ahora descanse.

Repasa los titulares en una lectura rápida; *Se descubre la central de propaganda de ETA en Madrid. Cierra la Universidad de Valladolid por los graves altercados estudiantiles. Unidades de la Armada viajan a Ceuta y Melilla. Deportes: declaraciones de D'Alesandro portero del Salamanca.*

Después de comer tendrá tiempo para detenerse entre líneas y empaparse de actualidad, eso es algo que le interesa, considera de suma importancia estar informado de todo lo que acontece, no sólo en la ciudad, sino en el mundo entero. Su mensaje ha de adaptarse al momento actual, no cree que hoy se pueda evangelizar con las palabras del siglo uno. Él quiere extrapolar el sentido de esas parábolas a nuestros días y aplicar sus enseñanzas a cada realidad en particular; dar vida a un Jesús de carne y hueso que se encuentre entre nuestros vecinos, en la calle, en las fábricas, en las oficinas, junto al poder, para que éste sea bien administrado. Sabe que es tarea difícil, pero cree en ello y tal vez se conforme con recoger un denario de cada cien que reparta.

4

La casa es grande, demasiado espaciosa para él sólo, tal vez, ese sea el motivo por el que los otros curas de la parroquia no la hayan ocupado. El padre Elías, que es ahora el párroco, vive con su hermana; el padre Tomás y el padre Félix, se alojan en una pensión a pocos metros de la parroquia, por comodidad. Tienen una patrona que les guisa y les lava la ropa.

La casa quedó vacía al morir el padre Anselmo que pasó en ella media vida, al final asistido por una sobrina soltera.

Daniel mandó encalar las paredes de la vivienda para darle luz, tantos años robada, y quitarle el olor que se queda pegado en los enseres que rodean a los ancianos. Sacó los muebles viejos, que no antiguos, conservando tan solo un despacho regio del más puro estilo castellano cuyo bargueño es una joya digna de anticuario.

Al nuevo cura, le sobran habitaciones, ya le ha pasado por la cabeza la posibilidad de alojar en ellas a algún necesitado de techo, si bien, sopesará las consecuencias llegado el caso, porque, según le parece, todo lo que dice o hace es mirado con lupa por sus compañeros y no es su intención llamar la atención y exponerse a críticas innecesarias que no harían sino entorpecer su tarea.

Hoy ha llegado tarde a casa; después del rosario de las siete, ha paseado por las calles del viejo barrio limítrofe con la parroquia, donde se mezclan las familias más humildes de la ciudad con las prostitutas que habitan en él. Daniel ha ido con la intención preconcebida de hacerse presente entre los menos favorecidos, entre los que sabe que será más ardua su tarea de presentarles a un Jesús de hoy que, posiblemente, no conocen.

Ha visto a los padres de familia que beben la última cerveza del día en las tabernas, antes de irse a casa, donde las mujeres, rodeadas de hijos y agotadas por el trabajo, a pesar de ello, les esperan con la cena en la mesa.

Ha visto adolescentes que se arreglan para salir de noche con la, aún tímida, intención, de ofrecerse como reclamo a los hombres

que quieran pagar sus favores, compitiendo ya, quizás sin saberlo, con las profesionales.

Ha visto jugar a los niños que pasan demasiado tiempo en la calle y que aprenden en ella más deprisa que en la propia escuela. Ha pensado sobre todo en ellos y en la falta de oportunidades para forjarse una buena vida.

En el camino de vuelta a su confortable casa, a pesar de la austeridad que se ha impuesto, ha reflexionado sobre la utilidad del rosario de las siete, no ha encontrado la razón de repetir cincuenta veces *Dios te salve María*; duda que aquella María lo escuche allá donde esté su espíritu y más aún, cree que en el caso de que lo escuchase, agradecería más que los hombres se ayudaran unos a otros en vez de recitar tantas plegarias. A Daniel se le antoja una pérdida del tiempo precioso que tiene por delante para tantos proyectos imaginados.

En la cocina, Rosa le ha dejado su cena sobre una bandeja. Rosa es la mujer del sacristán, se le ofreció como asistenta apenas se hubo instalado.

Ella ronda los cincuenta años. Es dispuesta, limpia, respetuosa y prudente, tanto que apenas si cruza unas pocas palabras con él.

A Daniel que le quitan el hambre las preocupaciones, esta noche se salta la cena y se toma un vaso de leche caliente; siente el relente de la noche en su garganta. No tiene sueño, Toma su libro de cabecera, una Biblia reducida y como cada noche, la abre por una página al azar: *Dios habló a Aarón diciendo: No beberéis vino o bebida embriagante para que sepáis discernir entre lo sagrado y lo profano, lo puro y lo impuro*. Las palabras sagradas, hoy no le dicen nada, hoy no, mañana será otro día.

5

—Padre, vengo a pedirle consejo, no a confesarme, no todavía, no antes de hacerlo.

Se ha acercado al confesionario. Es una atractiva mujer que a pesar de haber pasado de los cuarenta, desprende sensualidad en sus movimientos.

—¿Hacer, qué? —pregunta Daniel.

—Un aborto.

—¿Qué motivos te llevan a pensar en eso?

—Estoy casada, el hijo no es de mi marido.

—¿Cuál es la relación que tiene con el otro hombre?

—Nos amamos.

—Si quieres a otro debes hablar con tu marido.

—¿De qué serviría? La Iglesia no reconoce el divorcio, de cualquier forma, viviría en pecado igualmente.

Daniel se queda sin palabras, está confuso, a veces piensa que las leyes de su Iglesia no tienen mucho que ver con ese Dios que él siente comprensivo y bondadoso con la naturaleza humana.

—Ya sabes la opinión de la Iglesia. —le dice, tan rápido que ella no llega a captar su vacilación— No puedes abortar, eso no.

—¿Qué otra cosa?, ¿hacer creer a mi marido que el hijo es suyo?

—Decirle la verdad.

—La verdad no la aceptará.

—Entonces tendrás que estar sola, vivir con tu hijo.

—Ya tengo dos hijos y estoy enamorada de un hombre que no es mi marido.

—Tal vez no lo estés realmente, a veces la rutina puede crear ilusiones fuera del matrimonio.

—No son ilusiones, nos queremos.

—Yo no puedo ordenar a tu voluntad.

—Yo no puedo tener este hijo, a pesar de quererle ya como a los otros. ¿Qué leyes son estas que legitiman o no a unos niños?

Daniel cambia el curso de la conversación y vuelve a repetirse.

—En ningún caso debes abortar, tendrás que aceptar responsablemente las consecuencias de tus actos.

—No es por miedo al escándalo, ni siquiera por el dolor que cause, ni es por mí, ni por mis hijos, los otros, es por él.

—¿Tu amante?

—Sí

—¿Qué piensa él?

—Él no lo sabe, no le he dicho nada del niño.

—¿Por qué?

—No quiero hacérselo más difícil.

—El debe compartirlo contigo.

—No quiero que lo haga.

—¿Cuál es el motivo?

—Él es sacerdote.

Daniel hablará de la doble responsabilidad de ese sacerdote, de la decisión compartida, y hasta llegará a sentir cierto alivio al pensar que el peso que ahora cae sobre él es del otro cura; eso será después, pasados unos largos segundos de tiempo en los que ha vuelto a quedarse sin palabras.

6

Pese a los momentos en los que le invade la impotencia y se siente desarmado contra las incongruencias que se les exigen a los cristianos, muchas de las cuales datan de otros tiempos y no se adaptan a esta época que nos toca vivir; a pesar de la certidumbre que tiene de que Jesús no ha dictado las normas, rígidas, inflexibles, en ocasiones irracionales y difíciles de compartir, y por esto, cuanto más, de transmitir a los fieles; pese a todo ello, Daniel hoy se ha levantado optimista; le han despertado los trinos de los pájaros que anidan en el pequeño patio al que da su alcoba. Sin pereza, como aprendió en el seminario, probablemente como una norma de disciplina estudiada para no demorarse placenteramente entre las tibias sábanas donde se agazapan las tentaciones. Salta de la cama y abre de par en par la ventana. Unos gorriones vuelan en desbandada, sorprendidos por el ruido quejumbroso del cerrojo, tantos años abriéndose a la luz dorada de esa ciudad castellana cargada de historia, notablemente hermosa. Eso piensa Daniel admirando el pequeño cuadro que se ofrece a su vista desde esa ventana. Una tapia de piedra, a mediana altura, pone límite a la pequeña zona ajardinada en la que reina una enorme higuera que da sombra y perfuma el recinto donde se amontonan macetas de barro que han estado olvidadas y ahora se alinean, según el orden que ha impuesto Rosa, y lucen ya las primeras flores de una primavera que se anticipa en los primeros días de marzo. Al otro lado del muro se adivinan las calles del barrio chino y a la vuelta de la esquina se halla situado el huerto de Calixto y Melibea. A lo lejos, el cimborrio de la Vieja catedral románica que se sabe hermana gemela de la gótica catedral nueva, poniendo nombre ilustre a la caprichosa acuarela que Salamanca regala al padre Daniel.

Esta mañana, como tantas otras, amparado en su soledad, lejos ya de la rigidez que se imponía en su celda antes de ser ordenado, decide no perder esa media hora que se invierte rezando las fórmu-

las del breviario, postrado ante un crucifijo de madera, porque el tiempo apremia ahí afuera, donde debe estar su labor. Él siempre ha pensado que rezar es algo más voluntario, más personal, más oportuno. Hace años ya que desistió de manifestar estos pensamientos a sus maestros por no mostrarse indisciplinado y por temor a no ser aceptada su vocación. Ahora que está solo y puede obrar a su antojo, paradójicamente, siente una compañía permanente que se manifiesta desde su interior cuando él mismo se sorprende en un diálogo, no siempre mudo, con un Dios cercano al que llama de tú y considera amigo y compañero de fatigas, un amigo tan importante que el hablar con él se llama rezar.

Se ducha, con agua fría, como cada mañana, no tanto por austeridad como por el placer que le produce la sensación de actividad que le proporciona el cambio brusco de temperatura en cada centímetro de su cuerpo. Se mira al espejo y cuenta tres días en los que no se afeita. Ha decidido dejarse la barba, quiere ofrecer una imagen más seria. Ha pensado que no es conveniente ir por ahí mostrando una cara que hace tan solo unos pocos años atraía a las jóvenes, haciéndole creerse, sin remedio, el más guapo. La nariz recta, la boca carnosa, cuyo dibujo caprichoso, declina notablemente en las comisuras de los labios. Sobre todo los ojos, esos ojos heredados de su abuela materna, cuyos genes, saltándose la generación de su madre, le han regalado una mayor belleza de la que tuvieron aquellos, de un gris azulado, entre el color del cielo y el de las nubes que amenazan con una inquietante borrasca; la profusión de pestañas que los sombrean terminan de dar a sus ojos ese aspecto sorprendente. El pelo es castaño, abundante, se empeña en crecer con una ondulación que peina por si sola. Pero, además de todo eso, por añadidura, esa pequeña hendidura en el mentón, le toca con una gracia que no posee nadie en su familia y que, sin ser capaz de precisar, le trae a Daniel un difuso recuerdo de haber sido objeto de más de una discusión basada en la posible sospecha de su padre respecto de su paternidad. Palabras lejanas, oscuras, le vienen alguna vez a la memoria al mirarse al espejo: *tú sabrás, esa marca, dicen que él la tenía igual,* o tal vez fue un sueño que él tuvo de niño, algo que nunca habló con nadie, pero, eso ¿qué importa ya?

Ha decidido no afeitarse y empezar la nueva vida con nueva cara. Lo que él no sabe todavía es que el aspecto que le confiere la barba, va a acentuar su varonil encanto, aportándole doble atractivo y un punto exquisito de madurez.

Baja a la iglesia y celebra la misa de ocho en un tiempo récord, no sabe sí eso extraña más a los fieles que el sermón tintado de su afán renovador.

Desayuna de pie, apresuradamente. Hoy no irá a la plaza Mayor, tal vez, más tarde habrá tiempo para eso.

Se da una vuelta por el barrio viejo, sus pasos le llevan a las calles que visitó la otra noche, ahora no hay hombres en las tabernas, es el turno de las mujeres cargadas de niños chicos que acarrean sus bolsas del mercado. No se ven adolescentes disfrazadas de mujer fatal.

Daniel quiere saber cuántos niños se han quedado hoy sin ir a la escuela. Ellos le interesan, sabe que van a determinar el futuro y él quiere ayudar a cambiarlo, un futuro mejor, con Dios, o sin Él, muy a su pesar.

Vuelve a casa cansado, le rondan en la cabeza mil ideas. A Daniel no le gusta la palabra catequesis, huye de todo lo que huele a trasnochado, lo que él quiere hacer con los niños de su parroquia, no es enseñar el catecismo y preparar para la primera comunión como se viene haciendo desde que le alcanza la memoria. Él quiere dar un giro a tantas horas de juegos callejeros para conseguir una nueva forma de mirar a la vida, quiere inculcarles valores y que se sientan ricos en proyectos y en esperanza, quiere que pasen de puntillas por las calamidades, lo justo para que no dejen huella; los quiere ligeros de equipaje para comenzar el viaje a un mundo diferente.

Le bullen las ideas y tiene prisa por empezar, se le antoja un trabajo arduo que tardará en dar frutos.

Piensa en los jóvenes y le parece que están en otra escala de dificultades, ¿cómo mostrarse cercano y hacerse un sitio en sus planes? ¿Y los mayores?, sabe que en muchos casos se habrán hecho crónicas sus costumbres equivocadas y tendrá que darlos por perdidos.

Trabajar, trabajar y trabajar, decididamente sólo perderá el tiempo justo en las celebraciones propias del sacerdocio. Su compro-

miso va más allá y sabe que eso le acarreará problemas añadidos. Ya ha visto un punto de desaprobación en los ojos del párroco, con sus compañeros supone más fácil la convivencia, no por afinidades notorias, más bien, por una especie de apatía que en principio parecen mostrar por el contraste de pareceres, tanto es así, que da por descontado que su trabajo será en solitario. Acaso el padre Tomás pueda ser más asequible en algunos casos, ésta, es sólo una impresión basada en que exhibe, tímidamente, un leve sentido del humor, cosa que no debe conocer el padre Félix que parece tenerle miedo a la risa como hacían algunos miembros de la Iglesia, allá por los primeros siglos del cristianismo, considerándola, como algo pernicioso por lo que conlleva de liberación en sí misma.

Llega la noche de un día que a Daniel se le ha antojado largo e inútil y se pregunta, cuál será el mejor modo de comenzar. No está en la parroquia de La Purísima por casualidad, sabe, desde el primer día, que éste es el destino para cumplir con su compromiso.

No se siente incapaz, tan solo confundido, hay algo que le intimida, son las confesiones, tal vez porque le otorgan poderes abstractos que él no siente como propios o, tal vez sea porque le desvelan el lado más oscuro del hombre, el que aún no conoce.

7

¿Por qué son tan difíciles los comienzos?, se pregunta Daniel. Ahora recuerda cuánto le costó decidirse por ingresar en el seminario; primero tuvo que convencer a sus padres de tan extravagante decisión, ¿cómo hacerles comprender que tan inesperada determinación era realmente su forma personal de encajar la vida. Recuerda lo cuesta arriba que se le hacía, especialmente, dejar el trato con las chicas que le adoraban y olvidarse para siempre del gozo que suponía besar unos labios de mujer, deleite que Daniel ya había experimentado en más de una ocasión. A pesar de todo, una insistente llamada, venida de su interior, le reclamaba de día y de noche. Fue una casualidad su encuentro con Pablo en aquellas convivencias para jóvenes católicos a las que, de forma casual, decidió inscribirse en aquel verano del 69. La decisión que, a su vez, Pablo había tomado de hacerse sacerdote, no fue en modo alguno la causa de la suya propia. Tal vez por avatares del destino, él estuvo en el lugar y en el momento preciso, pero las circunstancias que se dieron entonces sólo fueron el marco del debate que se desarrollaba dentro de sí mismo. Entonces Daniel tuvo claro el concepto sacerdotal, predominando ante su inclinación por el oficio de periodista.

Tan drástico fue el cambio operado en él que a veces era presa de vacilaciones que le agotaban física y mentalmente, pero, en esas ocasiones, una fuerza renovada que nacía de él mismo, le reafirmaba en su decisión. Como entonces, ahora, eran difíciles los comienzos.

Está ya avanzada la noche y Daniel no puede conciliar el sueño. ¿Por dónde empezar?, ¿cómo conseguir llegar a tantos corazones?, ¿cómo hacerse cercano y amigo de todos ellos? Se siente solo y una especie de fuerte riada le arrastra sin que él sepa en que dirección. Se levanta de la cama y se viste, no lo hace con su traje *cleriman,* que ya de por si resulta atrevido ante las rigurosas sotanas de sus compañeros; se calza unos viejos vaqueros que conser-

va como un enlace con ayer. Se asoma a la ventana que mantiene abierta cada noche. No hace frío, por el contrario, un delicioso aire anuncia la primavera y en el firmamento, se imponen los astros con su luz fría y azulada. Decide dar un paseo. Baja por la calle Compañía, se topa con la Clerecía a la que las sombras de la noche dotan de una grandeza aún mayor, la emblemática Casa de las Conchas que, por el contrario, a la luz que derraman, amarilla, las farolas, se le hace más insignificante. Avanza sin rumbo fijo entre callejas poco iluminadas, lleva consigo la pesada llave del portón de su casa. Bordea la casa de Lis y llega al puente romano, desde donde admira los reflejos de la luna en sus múltiples cristaleras. Salamanca le parece otra ciudad de noche. Se alegra de haber salido. Pasea con las manos a la espalda y juega a dar patadas a los cantos rodados de la ribera del Tormes, respira hondo y no hace nada por pensar; espera, como tantas otras veces, espera a que le sorprendan sus propios pensamientos, él sabe que están ahí y que se agolpan para manifestarse en su momento.

De pronto, se descubre hablando con Él, casi oye el sonido de sus palabras, *Muéstrame el camino, —le dice— estoy aquí por ti, yo solo no puedo, ¿qué hacer? Está tan próximo el mañana y se muestra tan hostil...*

La soledad es lo que más le abruma, se le hace impensable poder transmitir sus proyectos a los curas de la parroquia, cuanto más, hacerlos partícipes de la ilusión que le empuja.

Es por ello que reza: *no me abandones ahora.*

Ha cambiado la dirección del aire, se torna en viento, ahora siente un escalofrío y apresura el paso, anda con firmeza. Algo muy parecido a una caricia viene a rozarle la tez. Entonces sí, mil ideas acuden a su mente, cosas sencillas y mundanas se le presentan por hacer y él las recibe con decisión. Algo se le alborota por dentro y le entra prisa por volver, ha de estar ya en la cama, tiene que estar descansado. Mañana será un día duro. Aún, antes de dormir, escribirá en su agenda todo lo que se propone poner en marcha. Mañana dará prioridad a lo más urgente y no por ello lo más importante: equipo de fútbol con los chavales del barrio, guateques los sábados para los jóvenes, exposiciones artísticas en las salas contiguas a la sacristía para acoger la participación de los

vecinos, foros para debatir temas actuales, ayuda para los ancianos, guardería para apoyar a las jóvenes madres, charlas, seminarios... Daniel cree que las puertas de la parroquia deben permanecer abiertas después de los oficios religiosos, y sabe que para ello tendrá que luchar, no tanto por conseguir la aquiescencia de los otros curas como por encontrar voluntarios que accedan a dar parte de su tiempo de un modo desinteresado en beneficio de otros.

Son las cuatro de la madrugada, cierra su agenda recién estrenada, dejando así, atrapados en el papel, los propósitos que le inquietan. Ya puede dormir tranquilo; antes de cerrar los ojos, vuelve a levantarse, enciende la luz, busca la hoja escrita y añade: clases de cocina. Regresa a la cama con la sensación de frío en los pies y se dice así mismo en voz alta que las cocineras serán lo más fácil de conseguir, él no sabe cocinar pero apuesta porque no faltarán voluntarias para esa actividad.

Por fin se duerme, profundamente, y tiene un sueño gratificante en el que forma parte de una gran familia.

8

—Ave María Purísima.

Le llega una voz infantil, tanto que en un principio duda si corresponde a un niño o niña. Corre un poco la cortinilla de tela morada y se asoma para comprobar si hay más niños en los bancos que están junto al confesionario. Sólo hay dos señoras de edad, arrodilladas, en actitud de recogimiento.

—Sin pecado concebida —le contesta.

—Padre me confieso de que he robado, yo no quería, pero he robado.

Ahora ya está seguro Daniel, es un chico.

—¿Cuántos años tienes hijo?

—Ocho.

—Cuéntame, ¿qué has robado?

—Bolsos con dinero, bueno también hay otras cosas como fotos y gafas; a veces, caramelos, pero sólo nos quedamos con el dinero.

—¿Dices que os quedáis?, ¿con quién lo haces?

—Con mi padre, el dinero es todo para él.

—Así que ¿robas con tu padre?

—Si, él me enseñó, es fácil, yo tengo que chocarme con la señora que él me dice, le quito el bolso y salgo corriendo, no paro hasta que llego a las tapias del Botánico, allí espero a que llegue mi padre, él siempre se queda un rato con la señora hablando, dice que es para distraerla.

—¿Y cuántas veces lo habéis hecho?

—¡Uf!, muchas, muchas ya.

—¿Y te gusta hacer eso, robar a las señoras que van por la calle?

—No, no me gusta nada, él me obliga, dice: anda Luisito vamos a dar una vuelta a ver que vemos hoy, y yo tengo que ir, si le digo que no, se enfada.

—Y tu madre, ¿sabe algo de esto?

—No, no, es un secreto, no puedo decírselo, se lo he jurado a mi padre.

—¿Tu padre trabaja Luisito?

—Sí, es electricista.

—Entonces, gana dinero suficiente ¿no?, ¿cómo es que te obliga a robar?

—No sé, a veces me compra juguetes y le hace regalos a mi madre, yo creo que es porque están enamorados.

—Mira tienes que hablar con tu padre, le dices que te has confesado y que te ha dicho el cura que no puedes volver a hacerlo.

—Seguro que se enfadará mucho si le digo que se lo he contado a usted.

—No importa, debes decírselo aunque se enfade.

—¿Y si no me hace caso?

—Entonces se lo cuentas todo a tu madre.

—Eso no, se pondrá muy triste.

—Bien, pues entonces vuelves a venir y me cuentas a mí lo que te dice, ya veremos como arreglamos esto entre los dos.

—Pero yo sólo me he confesado para que me perdone Dios.

—Dios te perdona si no vuelves a robar, eso se tiene que acabar, ¿entiendes?

Daniel le absuelve, no le dice *ego te absolvo,* le dice *yo te perdono en el nombre del Padre,* para que él lo entienda.

Cuando el niño se marcha deja una estela de olor a colonia de baño, le ve pasar por delante del confesionario, no parece ningún golfillo, por el contrario, su aspecto es cuidado. Antes de salir se arrodilla y desaparece. Al instante vuelve a entrar, se ha olvidado de mojar los dedos en la pila del agua bendita, ahora sí, ya está todo el ritual cumplido.

Daniel siente asco por ese padre que carga al niño con una culpa que no es suya.

9

El monaguillo Ricardo, uno de los tres que hay en La Purísima ha apagado las velas del altar como suele hacer después de cada misa. Entra en la sacristía y siente el escalofrío de siempre, cuando atraviesa el umbral de esa sala cuyas paredes de piedra no dejan pasar la templanza del sol ni en pleno verano. Recoge el manípulo que está en el suelo, a los pies del padre Daniel que se desviste, se pone de puntillas para elevar en unos centímetros la estatura de sus diez años y se dispone para ayudar al cura a despojarse de la casulla.

—No hace falta Ricardo, yo puedo hacerlo solo —le dice al niño con el tono de una cantinela ya repetida y, sin embargo, no exenta de cierta dulzura.

—Pues el padre Félix y D. Tomás dicen que es mi obligación ayudarles con la ropa de celebrar. Ellos me van pidiendo las prendas y yo voy poniéndoselas: primero el amito, después el alba, el cíngulo, el manípulo, la estola y la casulla, ¿ves? me lo sé de memoria.

—Está bien Ricardo, ellos son ya mayores y les vendrá bien que le eches una manita, a mí no me hace falta ese tipo de ayuda, ¿comprendes?, puedo hacerlo yo solo.

—Vale, entonces ¿puedo irme D. Daniel?

—Sí claro y puedes llamarme Daniel.

—Pero Vd. es cura.

—Sí soy cura pero puedo ser también tu amigo. Dime Ricardo, ¿te gustaría que formásemos un equipo de fútbol con los chicos del barrio?

—¡Uf! Ya lo creo, yo soy un buen delantero, cuente conmigo. ¿Se lo digo a los otros monaguillos?

—Sí puedes ir diciéndolo, me ayudaréis a hacer la alineación.

—¿Contra quien jugaremos?

—No te preocupes ya organizaremos una liga. Ahora vete o llegarás tarde a la escuela.